

Día 20 de octubre

SANTA MAGDALENA DE NAGASAKI

virgen y mártir

Memoria

Antífona y monición de entrada

ALEGRÉMONOS todos en el Señor. Celebremos la fiesta de santa Magdalena, que derramó su sangre por el nombre de Cristo, no temió las amenazas de los jueces, y así alcanzó el reino de los cielos.

Santa Magdalena nació en Nagasaki (Japón) en 1611. Guiada espiritualmente por los agustinos recoletos Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, ingresó en su Orden como terciaria. Una vez martirizados estos dos religiosos, el 3 de septiembre de 1632, Magdalena se dedica a animar a los cristianos que estaban ocultos por los montes. En 1634 se entregó a los jueces proclamándose cristiana y portando un pequeño fardo de libros religiosos para leer en la cárcel. Su martirio causó gran impresión en la ciudad de Nagasaki. Fue canonizada por Juan Pablo II el 18 de octubre de 1987.

Que también nuestra vida, como la de santa Magdalena de Nagasaki, sea anuncio y testimonio de vida cristiana.

Acto penitencial

Comencemos nuestra celebración eucarística pidiendo a Dios que nos conceda la conversión de nuestros corazones.

Oración colecta

**Dios todopoderoso y eterno,
que concediste a la virgen y mártir santa Magdalena
predicar con entusiasmo el Evangelio de tu Hijo
y derramar su sangre por ti en supremo acto de amor;
concédenos, por su intercesión,
ser testigos fieles de tu Hijo
y conseguir también su gloria en el cielo.
Por nuestro Señor Jesucristo.**

Oración de los fieles

Al celebrar la memoria de santa Magdalena de Nagasaki, mártir de Cristo, oremos con fiadamente a Dios nuestro Padre.

- Por la Iglesia; para que se sienta fortalecida con el testimonio de los mártires: roguemos al Señor.
- Por los cristianos que sufren persecución por su fidelidad al Evangelio; para que salgan fortalecidos de la prueba, roguemos al Señor.
- Por los que ocultan su condición de creyentes por temor a la incompreensión o la burla; para que el ejemplo admirable de los mártires los estimule y aliente: roguemos al Señor.
- Por los que mueren víctimas de las guerras o del terrorismo; para que su sangre derramada sea semilla de paz: roguemos al Señor.
- Por nosotros; para que el testimonio de los mártires nos reconforte en las pruebas de cada día: roguemos al Señor.

Oh Dios, premio y corona de los mártires, que has querido salvar al mundo por el sacrificio de Cristo, tu Hijo, ayúdanos a imitarlo en la entrega de nuestra vida en favor de los hermanos como le imitó santa Magdalena de Nagasaki. Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

**Después de comer el mismo Pan,
en la memoria de santa Magdalena,
te rogamos humildemente, Señor,
que nos mantengas en tu caridad
y siempre caminemos en una vida nueva.
Por Jesucristo, nuestro Señor.**

APUNTE BIOGRÁFICO

Hija de nobles y fervientes cristianos, nació en 1611 en las proximidades de la ciudad japonesa de Nagasaki. Los padres y hermanos de Magdalena habían sido condenados a muerte y martirizados por su fe católica cuando ella era todavía muy joven.

En 1624 conoció a los beatos Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, agustinos recoletos, y atraída por su espiritualidad, se consagró a Dios como terciaria de su Orden. Los beatos le encomendaron la enseñanza del catecismo a los niños y pedía limosnas a los comerciantes portugueses para socorrer a los pobres. Tuvo que refugiarse en 1628 con los agustinos recoletos y miles de cristianos en las montañas de Nagasaki. Allí siguió ejerciendo su apostolado, primero bajo la coordinación y animación de los dos religiosos recoletos y luego por cuenta propia cuando fueron capturados ambos, en noviembre de 1629.

Vestida con su hábito de terciaria, en septiembre de 1634, se presentó valientemente ante los jueces. Al ver que era una joven de veinte o veintidós años, intentaron conquistarla con halagos que ella rechazó. La sometieron, entonces, a los peores suplicios. Finalmente, estuvo colgada trece días boca abajo con medio cuerpo metido en una hoya, hasta que una intensa lluvia inundó la fosa y Magdalena pereció ahogada. Los verdugos quemaron su cuerpo y esparcieron las cenizas en el mar. Sus restos desaparecieron, pero, pasados los siglos, el juicio de Dios y de la Iglesia sobre su vida, ganó para siempre la partida al olvido.

Fue beatificada en 1981 y canonizada por el Papa Juan Pablo II el 18 de octubre de 1987, coincidiendo con la Jornada Mundial de Oración por las Misiones.